

Medad escucha una canción distinta

Relato por Pedro Sá Moraes

“¡Cuéntanos de nuevo esa historia, rabino!”

Un pequeño grupo de jóvenes entusiastas se reunió alrededor de la mesa en el tenuemente iluminado estudio en la casa del rabino Zacarías. El rabino era un hombre sabio cuyos corazón ligero y vena humorística eran visibles en reuniones como esta con los miembros más jóvenes de la comunidad.

—¿Cuál historia? —preguntó con un guiño en sus ojos.

—Oh rabino, ¡sabes bien de qué historia estamos hablando! La historia del joven bajista —dijo el joven Sha’ul, un aspirante a músico.

—Oh. ¡*Esa* historia!

Nada complacía más al viejo maestro que volver a contar las esclarecedoras y misteriosas historias transmitidas a través de generaciones. A su madura edad y todavía dotado de una memoria cristalina, finalmente se sintió capaz de apreciar el significado de su nombre, Zacarías: “Dios recuerda”.

—Esta historia —dijo a ritmo suave, casi solemne —la escuché de mi abuelo, quien la aprendió de su abuelo, quien vio los eventos con sus propios ojos, escuchó con sus propios oídos y sintió con su propio corazón.

El rabino entonces comenzó a contar la historia.

—Los eventos que estoy por describir, tuvieron lugar en una pequeña aldea en la región de Besarabia. La aldea era bien conocida por su banda klezmer, el corazón de toda festividad y evento social. Como saben, algunos rabinos en ese entonces no eran muy adeptos del *klezmerim*, los músicos seculares, los compositores de la música para bailar. Sin embargo, Schmu’el, el rabino de esta aldea, pensaba de modo diferente. Él apreciaba los ecos de añoranza y quietud de la música klezmer. También apreciaba la manera en que las escalas, los

patrones melódicos de las frecuentemente bulliciosas canciones klezmer, se basaban en plegarias cantadas en la sinagoga. Para él, estas canciones creaban un puente melódico entre el ritual sagrado y la vida diaria.

Esta es la razón por la que cuando la banda de la aldea perdió a su bajista, y no habiendo músicos experimentados en el horizonte para reemplazarlo, el rabino estaba personalmente empeñado en encontrar a alguien que pudiera estudiar el instrumento y, con el tiempo, asumir aquella vacante. El candidato que encontró se llamaba Medad: un joven hombre tranquilo de porte introspectivo y dulce. Era conocido por tararear y cantar suavemente para sí mismo a lo largo del día. *El muchacho ama tanto la música; seguramente aprenderá en poco tiempo* —pensó el rabino.

En ese momento, el joven Sha'ul interrumpió la historia y preguntó con una mirada desconcertante: —Pero rabino, el bajo es un instrumento tan desafiante. Toma años dominarlo.

—Así es, mi joven amigo —replicó pacientemente el venerable narrador —pero tan pronto como puso sus manos en el instrumento, Medad se sintió jubiloso. Practicó y practicó con tal entusiasmo, que en poco tiempo fue capaz de tocar patrones y melodías sencillas. Pronto estaría participando en los ensayos y ofreciendo pequeñas funciones con los otros miembros de la banda.

—El rabino Zacarías continuó.

—Los músicos de la banda estaban conmovidos por las gentiles maneras del joven y por su profunda entrega a su instrumento. No escatimaron en esfuerzos para apoyar su aprendizaje y hacerlo sentir como en casa. Algunas veces se sumergía tan profundamente en su ensueño musical, que se confinaba en su propio mundo interior. ¡Era una vista para contemplar! Medad, cuyo nombre significa “amado”, era la encarnación misma del amor: sus ojos medio cerrados, su cuerpo meciéndose, una mueca espontánea en su rostro. Los aldeanos se reunieron alrededor de la banda y aplaudieron, entusiasmados por la alegría pura del joven bajista.

Con la práctica, la técnica de Medad fue mejorando. Se hizo cada vez un mejor músico. Aun así, siempre había un momento donde su ritmo o sus notas parecían ir en una dirección diferente al resto de la banda. Tan

despreocupadamente absorto estaba Medad, que parecía estar tocando su propia tonada, cuyas erradas notas nadie tenía el corazón de corregir.

Poco después de dos meses después de que Medad hubiera sido oficialmente incorporado como el bajista de la banda de la aldea, hubo una gran celebración. Era la boda del hijo primogénito del rabino y la hija de un rico mercante. Amigos y parientes de una docena de diferentes localidades asistieron a esta tan esperada festividad. La familia de la hija levantó una carpa enorme con una plataforma especial desde donde la banda animaría horas de baile con envolventes melodías y ritmos vibrantes.

Ahora, los demás músicos de la banda se habían tomado hasta este punto las ensoñaciones de Medad con calma, e incluso las encontraban cautivadoras. Pero un evento tan prodigioso, pensaron, podría ser justo la oportunidad para que aprendiera una lección acerca de sus deberes como miembro de la banda. Así que decidieron contribuir a su educación musical jugándole una broma: la siguiente vez que notaran que él comenzaba a desconectarse de la sintonía grupal para volar hacia algún reino distante, ellos gradualmente dejarían de tocar, permitiendo que un extraño silencio enseñara a Medad una lección que nunca olvidaría.

La celebración comenzó y la banda cumplía con éxito su función. Las canciones de la fiesta tocaban las fibras del corazón, rindiendo homenaje a los novios y dando voz a los mejores deseos de todos para los recién casados. Después de un par de horas, los músicos notaron que el patrón de las notas del bajo comenzó a cambiar. Al inicio, la desconexión era sutil, pero después se hizo más pronunciada. Los músicos miraron a Medad, él mostraba gran seguridad, con los ojos a medio cerrar y una amplia sonrisa en su rostro. Entonces, uno a uno, como lo habían acordado, cada miembro de la banda dejó de tocar: primero el violinista, después el clarinetista, el flautista, el percusionista... hasta que finalmente sólo Medad tocaba. Los invitados de la boda se percataron, y rápidamente todos entendieron la broma. Todos excepto Medad, cuyos ojos ahora estaban un poco más abiertos, miraban hacia las partes más altas de la carpa, mientras sus dedos se mantenían confidente y firmemente pulsando el instrumento.

Algunos invitados comenzaron a reír, pero rápidamente se contuvieron pues habría sido descortés reír antes de que el rabino lo hiciera. Y él no lo hizo. El

rabino Schmu'el, sentado en una silla cerca del escenario, miraba fijamente a Medad. Los demás se quedaron en silencio y miraron cómo Medad tocaba su instrumento. Y lo tocaba con tal intensidad y abandono que parecía que el viento estaba comenzando a soplar más fuerte en respuesta a su música.

— En ese momento, nuestro narrador hizo una pausa y dio un sorbo a su taza de té. Entonces sonrió ante el joven absorto, quien escuchaba con plena atención.

— De hecho — continuó el rabino Zacarías — el viento sí comenzó a soplar con mayor fuerza.

Y con más y más fuerza... hasta que las diferentes secciones de la carpa fueron desprendiéndose una a una. Sobre su cabeza, los invitados vieron en ese momento el más hermoso cielo azul oscuro ataviado con innumerables estrellas brillantes. Y de esas estrellas, una suave luz azulada emanaba en cascada hacia el lugar de la boda.

A medida que el rugido del viento desaparecía gradualmente, Medad continuaba tocando, olvidándose de todo a su alrededor. Al poco tiempo, una persona, luego otra y otra, todos los presentes se hicieron conscientes de que el bajo de Medad no era el único instrumento que escuchaban. Había címbalos que tintineaban suavemente, había campanillas, un delicado tamborileo, y voces celestiales. Y esas voces cantaban una melodía sublime, una que era más fascinante que cualquier música que nadie hubiera escuchado antes. Las notas del bajo de Medad, cada una de ellas, estaban perfectamente sincronizadas con los sonidos celestiales. Todos los asistentes fueron bañados con la música exaltada del joven bajista, y con una multitud de músicos invisibles que sólo podrían ser descritos como ángeles.

La música condujo a todos los presentes hacia el silencio profundo de su propio corazón, hacia la consciencia de la santidad de la vida.

Después de un tiempo inconmensurable, los invitados comenzaron a abrir los ojos y a surgir de un espacio de devoto silencio. Miraron a su alrededor, intercambiando miradas de reconocimiento como si se preguntaran unos a otros: *¿Viste lo mismo que yo? ¿Escuchaste lo mismo que yo? ¿Sentiste lo mismo que yo?*

Y ahí estaba el rabino Shmu'el, el padre de la novia, arrodillado ante la plataforma del músico. Miraba a un joven, a quien los invitados pronto reconocieron como Medad. Los ojos del rabino se llenaron de lágrimas. Quienes lo miraban, de pronto supieron que el joven bajista ya no estaba con ellos en el plano terrestre. Todos alzaron su mirada hacia el cielo. Unas pocas nubes se habían formado, pero aun así era uno de los más hermosos cielos nocturnos que hubieran visto hasta entonces.

Amigos, dijo el rabino Schmu'el suavemente, el Señor ha invitado a nuestro joven músico a unirse a la banda celestial.

No necesitó decir nada más. En este momento, todos supieron que a pesar de haber vivido entre ellos, Medad siempre había escuchado y tocado la canción del Señor. Solamente añoraba estar con Dios, y Dios había respondido a su amor.

—Cuando el rabino Zacarías terminó de narrar la historia, en la atmósfera de su estudio se sentía mucha calma. Los jóvenes, a menudo inquietos y parlanchines, estaban sumergidos en una profunda serenidad.

Después de un tiempo Sha'ul, el joven aspirante a músico, rompió el silencio:

—Rabino, discúlpeme usted por preguntar esto pero, ¿cómo sabe que realmente ocurrió esa historia? ¿Cómo sabe que no se trata tan sólo de una leyenda?

—El sabio rabino Zacarías sonrió amorosamente.

—Tu nombre, Sha'ul —dijo el rabino — realmente vives a su altura, ¿verdad? Significa “preguntar”. —Y ambos sonrieron.

—Yo también solía hacer ese tipo de preguntas —continuó el rabino.

—Con el tiempo, entendí la cualidad única de estas antiguas historias. Ellas nos ayudan a afinar nuestros sentidos interiores y a reconocer lo que está más allá del alcance de los ojos y oídos. Entonces, en momentos como éste, cuando la quietud profunda se asienta, nosotros también podemos escuchar el tenue tintineo de un par de címbalos.

